

vez de reducir al Austria a la desesperación, ofrecerle una paz honrosa, y aun se atrevió a hablar de medidas preventivas que pudieran verse obligados a adoptar los Estados vecinos. Bismarck, sin contestar a estos argumentos, se excusó con el rey cuyas órdenes era preciso tomar, y con Moltke que, en tiempo de guerra, tenía una autoridad preponderante, y la entrevista terminó sin que se resolviera nada.

Al día siguiente, el embajador vió al soberano que, como de costumbre, mostróse muy amable, pero también muy hábil en eludir toda respuesta categórica. Bismarck había invocado la necesidad de consultar al soberano, y el soberano, que, cuando convenía, era un verdadero monarca constitucional, alegó a su vez la necesidad de ponerse de acuerdo con sus consejeros. Como en el entretanto el ejército seguía avanzando, el cuartel general llegó al campamento de Czernahora, en donde se celebró un consejo de guerra al cual asistieron Moltke, Bismarck, el general Roón y casi puede decirse que el mismo Sr. Benedetti, puesto que la deliberación se celebró al aire libre, en una terraza en donde estaba sentado el diplomático francés. Como resultado de aquella conferencia, se tomó el acuerdo de ofrecer al enemigo un armisticio de tres días, y por una singular inversión de papeles tocó al primer secretario de la embajada francesa, el Sr. Lefevre de Behaine, la misión de llevar la proposición a Viena. Los austriacos rechazaron el proyecto, y otra cosa no podía ser desde el momento en que los prusianos, si bien se obligaban a mantenerse durante la tregua a tres millas de Olmutz, no se comprometían a no efectuar los movimientos que les permitieran cercar aquella plaza. El Sr. Benedetti, muy descontentado por tantos aplazamientos y sin obtener más que respuestas, siempre corteses, pero siempre incompletas, resignóse a seguir de etapa en etapa a los vencedores. Delante del ejército se extendían las vastas llanuras de la Moravia que en otro tiempo atravesaron las huestes de Napoleón; y el 15 de julio el cuartel general se instaló en Brünn, a seis leguas de Austerlitz.

Aunque su situación era un tanto falsa y penosa, el embajador francés tenía de su parte algunas circunstancias que habría sido fácil explotar y de las cuales la mejor era el estado de ánimo de Bismarck, cuya resistencia, a pesar de ser bastante enérgica, era puramente superficial y tenía por principal objeto dar mayor valor a sus concesiones. A raíz de la jornada de Sadowa había experimentado, como todo el mundo, la fascinación de la victoria, y más adelante la certidumbre de la inercia de Napoleón había de animarle a quitarse la careta y atreverse a todo; pero en aquel momento hallábase en un período intermedio que no era ya el del deslumbramiento ni era todavía el de la seguridad. En el fondo, el primer ministro no estaba convencido ni podía convencerse de que el emperador permaneciera inactivo hasta el final, y si bien sabía por sus emisarios, según afirmó posteriormente, que Francia no estaba preparada para la guerra, comprendía que aun medianamente preparada podía ser muy peligrosa si se aliaba con Austria. A estas aprensiones se juntaban otros temores, como el de la infidelidad italiana y el de las resistencias que pudieran venir de San Petersburgo. Además, los informes llegados al cuartel general comenzaban a dar cuenta de los estragos que el cólera causaba en el

ejército. Bismarck, dominado por todas estas preocupaciones, y cualesquiera que fuesen sus aparentes objeciones, tenía prisa por que todo terminara y por almacenar la abundante cosecha de Sadowa, aun cuando para ello hubiera de abandonar algunas gavillas; en estas condiciones, de buena gana habría apresurado una inteligencia directa con Austria, y dícese que a este efecto hizo llegar al gobierno de Francisco José, por conducto de San Petersburgo, algunas indicaciones en tal sentido, mientras un personaje de modesta categoría, el señor Giskra, burgomaestre de Brünn, era enviado a Viena para hacer insinuaciones análogas. El primer ministro se dedicaba a contener al rey, muy ávido de engrandecimientos, y a calmar a los generales, y aludiendo a la entrada en Viena, triunfo que de antemano entusiasmaba a los militares, decía: «Será un recuerdo agradable, pero nada más (1).» En parecidos términos hablaba a Moltke, llamándole la atención sobre el prestigio de una campaña que terminara sin ningún fracaso: «Hasta ahora, añadía, no tenemos mancha alguna en nuestro chaleco blanco.»

Estas disposiciones de Bismarck permitían que nuestra mediación terminara de un modo, si no ventajoso, por lo menos decente y poco perjudicial. Las conversaciones del ministro daban a entender que Prusia sólo tenía dos exigencias totalmente absolutas: la primera, el establecimiento de una Confederación de la Alemania del Norte; la segunda, un aumento de territorio suficiente para reunir al resto del reino las provincias renanas que habían estado separadas de él hasta entonces. El día 15 de julio, el Sr. Benedetti escribía desde Brünn al Sr. Drouyn de Lhuys: «El presidente del consejo me ha declarado que al rey le satisfaría una promesa personal del emperador que le garantizara, en términos más ó menos generales, la benevolencia de Su Majestad sobre ciertos puntos esenciales, especialmente en lo relativo a la contigüidad de las fronteras de Prusia y al vínculo que debiera establecerse entre ésta y los Estados de la Alemania del Norte. En este caso, podría concertarse el armisticio desde luego... a menos de que a ello pusiera obstáculos Italia (2).» Tales pretensiones, después de tan brillantes éxitos, eran bastante modestas, pues nadie podía disputar a Prusia el derecho de organizar a su gusto una confederación al Norte del Mein; y en cuanto a las anexiones, si se limitaban a la adquisición de tres ó cuatrocientos mil súbditos, si en vez de hacer desaparecer Estados soberanos se reducían a soldar los dos grandes fragmentos de la monarquía prusiana, el resultado vendría a ser casi el mismo que había previsto el propio Napoleón cuando en su carta de 11 de junio había deseado para Prusia una configuración mejor. Lo más inteligente hubiera sido aprovechar aquel momento, el último momento, en que, por el temor de una conferencia europea, Bismarck se mostraba moderado en sus pretensiones y el mismo rey menos intratable. La Alemania del Norte, aunque fuertemente ligada a Prusia y salvo algunas disminuciones de territorio, habría conservado sus príncipes; la Alemania del Sur acaso no habría perdido su independencia; y nosotros mismos, después de todas

(1) Bismarck, *Pensées et souvenirs*, tomo II, pág. 44.

(2) Véase Bernardo de Harcourt, *Les Quatre Ministères de M. Drouyn de Lhuys*, pág. 275.

nuestras faltas, habríamos podido encerrarnos en el silencio y en la resignación sin tener que sufrir decepciones demasiado crueles.

Pero no sucedió así. El Sr. Benedetti, que había ido al cuartel general para aconsejar el armisticio, no tenía poderes ni autoridad para salir responsable por su gobierno. La obscuridad y los retrasos de los mensajes telegráficos, las dificultades de una inteligencia con Italia, la multiplicidad de las negociaciones que acababa por producir un verdadero embrollo, todo esto aplazó la solución que habría sido muy conveniente precipitar.

V

En París la confusión de la política imperial autorizaba todas las intrigas y permitía todas las audacias. Los partidarios del Austria, a quienes dejara atrás en el consejo de 5 de julio la influencia del Sr. de La Valette, habían recobrado su ánimo y su serenidad tras un corto período de abatimiento. «Drouyn de Lhuys excita al emperador y continuamente conferencia con Metternich,» escribía en 8 de julio el embajador de Prusia; y el día 11 el ministro de Negocios extranjeros entregaba a Napoleón una memoria en la que analizaba, en términos muy acusatorios, los proyectos de Bismarck, que tendían nada menos que a mediatizar a todos los soberanos germánicos y a fundar con apariencias de dualismo la unidad de toda la Alemania (1). Por su parte, el mariscal Randón, ansioso de protestar contra el reproche de imprevisión, hacía estudiar un plan de movilización, en el que trabajaba noche y día su jefe de gabinete, el coronel Colson (2). En opuesto sentido, los amigos de Italia y de Prusia insistían en demostrar nuestra penuria y profetizaban fracasos y catástrofes. A decir verdad, cada día de aplazamiento era para ellos una ventaja, porque una demostración militar ejecutada a raíz de la batalla de Sadowa había de ser peligrosa, casi temeraria, enfrente de los contingentes vencidos del Sur, del Austria cada vez más abatida, y de Prusia de día en día más dueña de sus fuerzas. El más ardiente enemigo de la política intervencionista era el príncipe Napoleón, quien estaba a punto de partir para Italia a fin de aconsejar el armisticio y en el entretanto pedía, suplicaba al emperador, con su ordinaria vehemencia, que no destruyera la obra de 1859, que cambiara la causa de las nacionalidades por la de la contrarrevolución, que no se uniera al *cadáver austriaco*. En medio de este conflicto de opiniones rivales, la emperatriz moviase agitada, nerviosa, iluminada por las intermitentes, pero vivísimas luces de su presciencia maternal. Unas veces disimulaba sus terrores bajo apariencias chancearas: «En verdad que me hacéis temblar, decía en una ocasión al príncipe de Reuss que le explicaba las fuerzas de Prusia. Con el desarrollo de vuestro poder corremos el riesgo de veros algún día delante de París y resultará que una noche me acostaré francesa y a la mañana siguiente me despertaré prusiana.» A todo esto, al través de las puertas de las Tullerías veíase pasar y re-

(1) Véase *Documents pour l'histoire contemporaine*, publicados por M. Pradier Fodéré, pág. 16.

(2) Carta del general de Miribel, de 18 de febrero de 1874 (*Mémoires du maréchal Randón*, tomo II, pág. 148).

pasar a los altos funcionarios del reino, vagamente alarmados acerca de su propia suerte y de la de su soberano y olvidando su carácter hasta el punto de hacer pronósticos cuya gravedad no suavizaba ya la adulación. Los que estaban fuera de París ó no se atrevían a acercarse al príncipe, consignaban en graves mensajes la expresión de sus inquietudes; muchas de esas cartas han sido encontradas posteriormente en el palacio, no habitado ya por sus antiguos huéspedes, y quedan como testimonio de una perspicacia preñada de preocupaciones. Desgraciadamente aquellos consejeros ociosos, por mucha que fuese la sensatez de sus críticas, no lograban disimular su perplejidad cuando llegaba el momento de formular conclusiones. ¿Qué decir?, en efecto. ¿Qué plan formar? ¿Y no era acaso ya demasiado tarde para desandar el camino de las faltas pasadas?

El soberano, encerrado en las Tullerías, sentíase más turbado que ilustrado por todos los consejos que llegaban hasta él, y los que en aquel entonces le trataron de cerca no vacilan en afirmar que aquellos días fueron de los más tristes de su reinado, de los más sombríos de su existencia. Atravesaba ya las primeras crisis de la afección reumática y nefrítica que tres semanas después había de inspirar a sus familiares grandes inquietudes, y el dolor atormentaba su cuerpo tanto como la política gastaba su espíritu. Adondequiera que dirigiese la vista sólo se ofrecían a sus ojos motivos de preocupación: la cuestión de México, que no podía llevar adelante sin peligro ni interrumpir sin deshonor; la cuestión romana, siempre pendiente y jamás resuelta; la Italia hoy rebelde y mañana quizás enemiga. Y a esto se unían las dificultades secundarias, tales como la cosecha mediana y los estragos del cólera, como si Dios, cansado de favorecernos, quisiera retirarnos toda su protección. Napoleón, que había querido conocer y resolver por sí mismo todos los asuntos, comprendía que toda la responsabilidad subía directamente hacia su persona, sin detenerse en esos escalones intermedios en donde se encuentra, en las monarquías libres, a los ministros revocables. Junto al trono había muchos que daban pareceres, pero no había un consejero bastante audaz y de bastante genio para sobreponerse a la confusión general, trazarse un camino y seguirlo. Morny había muerto; Persigny era un amigo regañón, caprichoso, de inteligencia generalmente obscura y que sólo se iluminaba con fugaces destellos; Walewski, que pronto había de caer en una semidesgracia, se distinguía más por su sentido recto que por sus aptitudes de hombre de Estado; y Rouher tenía fijos los ojos en el Cuerpo legislativo y la política exterior no era, en su concepto, sino un factor secundario destinado a hacer más fácil la política interior. El infeliz soberano, muy solo aunque rodeado de mucha gente, no tenía en ciertos momentos más deseo que sustraerse al exceso de su cansancio, concentrarse en sí mismo y buscar en uno de aquellos ensueños que tanto le habían gustado siempre el olvido de sus perplejidades ó de sus sufrimientos. En aquellos instantes de enajenamiento, no escuchaba a nadie, a nadie respondía y producía en los que se le acercaban una impresión extraña: en unos asombro al ver tanta indiferencia; en otros el convencimiento favorecido por un resto de ilusiones, de que aquel silencio y aquella meditación encerraban alguna concepción genial. Y cuan-

do el príncipe salía de aquel voluntario letargo, contemplaba siempre el mismo irritante espectáculo de la Alemania engrandecida y tal vez antes de poco preponderante. Todo lo que tenía fácil arreglo antes de la guerra resultaba difícil después de Sadowa. En lo que cabe adivinar los pensamientos del monarca, puede decirse que ya se había resignado con una confederación del Norte enteramente dominada por Berlín; pero, en cambio, se lisonjaba de poder sustraer á Prusia los territorios del Sur y de favorecer en ellos una agrupación de Estados, con lo que se crearía una especie de dualismo que garantizaría el equilibrio europeo. No obstante, el emperador acariciaba vagamente ciertos engrandecimientos que compensaran las adquisiciones prusianas; pero aquí radicaba el gran error de su política, pues la frágil concepción del *dualismo alemán* sólo podría prosperar (caso de que prosperara) si ninguna amenaza por parte de Francia asustaba al patriotismo germánico. La reivindicación «de un simple campo de trébol alemán» como había de decir Bismarck más adelante, despertaría las susceptibilidades nacionales que el primer ministro prusiano se encargaría de irritar, y de este modo se proporcionaría á éste un pretexto para pasar el Mein y unir los dos fragmentos.

¡Qué mejor escenario hubiera podido desear un diplomático avezado á la intriga, ardiente servidor de su patria, obstinadamente celoso de su jefe y ambicioso hasta el punto de soñar con compartir la gloria con él! En estas condiciones se encontró el Sr. de Goltz en medio de nuestra nación desamparada: todas las pasiones que entran en juego en el drama más complicado, moviolas sucesivamente el embajador, el cual, para el logro de sus fines, hizo vibrar todos los resortes de las acciones humanas, á saber, el miedo, la adulación y la codicia. De este modo pudo ir avanzando primero gradualmente y luego á saltos cuando, después de haber medido la debilitada energía de Napoleón, se atrevió á formular demandas que de momento se consideraron exorbitantes ó imposibles.

El Sr. de Goltz comenzó por impresionar á la emperatriz. Habiéndole ésta echado en cara con gran calor las pretensiones de su país, el diplomático prusiano, lejos de desconcertarse, le replicó pintándole al vivo los peligros que acarrearía á Francia una lucha contra Prusia é Italia; y después de haber preparado de esta suerte el terreno, avistóse en 11 de junio con el emperador, tomando por pretexto para la audiencia un telegrama que había recibido del cuartel general y que anunciaba próximas aclaraciones de las condiciones de paz. «Encontré al emperador abatido, casi quebrantado, escribía después el diplomático prusiano; y me dijo que era absolutamente inútil perder el tiempo en recriminaciones, que la emperatriz le había referido nuestra conversación y que podía haber algo de verdad en mis palabras. Luego Napoleón hizo una confesión singular de sus faltas, diciendo que se había mostrado favorable al proyecto de reforma federal, sin medir las consecuencias de ello, y que después se había asido de la ocasión, durante tanto tiempo esperada, de reunir á Italia las provincias vénetas, sin reflexionar suficientemente en las resultas de su conducta. El Sr. de Goltz, al dar cuenta de aquella entrevista, se expresaba en los siguientes términos: *El emperador parece haber perdido*

completamente la brújula. Esta declaración era muy propia para excitar en el cuartel general la alegría y las esperanzas. Sin embargo, podía ser que tras aquella confesión del emperador se ocultara algún fingimiento, porque el príncipe, en tanto que se acusaba á sí mismo, hablaba de la aspiración de sus súbditos, de las exigencias del país y daba á entender que si Prusia é Italia se resistían demasiado abiertamente á sus consejos, se vería obligado á seguir una política que estaba en contradicción con sus simpatías. ¿No escondía semejante lenguaje la segunda intención de un cambio de actitud justificado por el sentimiento público francés? El señor de Goltz, asaltado por este temor, juzgaba necesaria todavía en aquellos momentos la prudencia, y aconsejaba firmeza para establecer una nueva constitución de la Alemania aparte de Austria. Conseguido este resultado, decía, podremos mostrarnos en extremo conciliadores, y añadía, sea por hábil moderación, sea por gratitud al emperador y á la emperatriz que le habían colmado de favores: «Si permitimos al emperador salir de la penosa situación en que se encuentra, nos estará eternamente reconocido (1).»

El 12 de julio el emperador había de ir á Nancy, en donde se preparaban grandes fiestas para conmemorar el centenario de la reunión de la Lorena á Francia; pero no se movió de París porque los negocios públicos eran cada vez más apremiantes y su salud de día en día más precaria. En la citada fecha intentóse un nuevo esfuerzo en pro de la política de intervención, habiéndolo intentado el Sr. de Beust que llegaba de Viena y era una especie de embajador con doble misión, pues representaba al mismo tiempo al emperador Francisco José, de quien iba á ser ministro, y al rey de Sajonia, de quien había sido consejero. Apenas hubo llegado á París, el Sr. de Metternich y el Sr. de Seebach, plenipotenciario de la corte de Dresde, no le ocultaron que era ya muy tarde para reclamar medidas enérgicas. Recibido por el emperador, el enviado alemán no le pidió que hiciera la guerra, sino simplemente que pusiese en la frontera un ejército de observación, lo que, en su concepto, bastaría para contener á Prusia, para reanimar á los gobiernos de Viena, Munich y Stuttgart y para asegurar el éxito de una mediación equitativa que toda Alemania recibiría con agradecimiento. Si hemos de dar crédito á lo que dice el Sr. de Beust (2), Napoleón se limitó á replicar varias veces y con acento de cansancio: «No estoy preparado para la guerra;» y lo único que pudo conseguir el negociador fueron ciertas promesas en favor de Sajonia cuya integridad debía, en efecto, ser defendida. El mismo Sr. Drouyn de Lhuys, aun siendo como era el más celoso defensor de la política antiprusiana, mostróse muy poco animado, y aquella frialdad por sí sola era demasiado clara para dejar lugar á dudas. Decididamente el partido austriaco declinaba, al propio tiempo que aumentaba la influencia del Sr. de Goltz.

El 13 de julio, el embajador prusiano volvió á ver al emperador, á quien encontró como siempre cortés y bondadoso, pero algo impaciente. «¿Es verdad, díjole el soberano, que sólo tratáis de ganar tiempo á fin de

(1) Informe de 11 de julio (Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo V, págs. 246-249).

(2) Véase *Mémoires*, tomo II, págs. 12-14.

apoderaros de Viena? Habladme sinceramente, os lo ruego, pues con esta mediación perpetua estoy haciendo un papel ridículo.» El Sr. de Goltz alegó el alejamiento del cuartel general y luego, abandonando las timideces que en los días anteriores todavía habían parecido oportunas, habló no sólo de una nueva organización federal para los territorios del Norte del Mein, sino también de anexiones que debían realizarse á costa de los Estados secundarios que habían tenido la desgracia de abrazar el partido del Austria. Era de esperar que Napoleón, sin dejar de reconocer la supremacía de Prusia en la Alemania septentrional, defendería en lo posible las pequeñas soberanías amenazadas; pero, sea por debilidad de enfermo dispuesto á abandonarlo todo, sea por indiferencia para intereses que consideraba insignificantes, el emperador, según refiere el Sr. de Goltz, no manifestó sorpresa ni desaprobación y con gran asombro del mismo embajador, no defendió á ninguno de los pequeños Estados del Norte, exceptuando únicamente Sajonia: «Y aun esto, decía el diplomático, no por simpatías hacia la dinastía reinante, sino simplemente en interés del orden y del equilibrio europeo.» Después habló el soberano de los Estados meridionales á quienes hubiera querido ver agrupados entre sí, á lo que Goltz, sin contradecirle abiertamente, replicó con una sola objeción: «No convendría, dijo, pronunciar palabras que estuviesen demasiado en contradicción con la idea de la unidad alemana.» «Si no viniese la paz, añadió, tal vez nos veríamos obligados á acudir nuevamente al programa de 1849.» Y en seguida, para destruir el efecto desagradable de esta palabras, el embajador dió claramente á entender que su gobierno estaba dispuesto á discutir las exigencias que pudieran formularse en París, lo cual era erigirse una vez más en tentador y abrir camino á un reparto de beneficios. El emperador no recogió la insinuación y se concretó á sugerir un plan que consistía en dejar que Prusia se redondeara en Sajonia y á indemnizar al rey sajón instalándole en las provincias renanas. «Es imposible,» contestó lacónicamente Goltz. Habiéndose prolongado la conversación, Napoleón continuó tratando, como de cosas secundarias, de las alteraciones territoriales en el Norte; todo lo que deseaba era la integridad de Austria, la independencia de la Alemania del Sur, y cualquier programa que salvase este doble principio podía ser recomendado por él á Viena.

La entrevista había sido ventajosa exclusivamente para el Sr. de Goltz, quien apenas había encontrado algunas débiles objeciones allí donde creyó tropezar con una resistencia enérgica; además sabía por informes no sospechosos que el Sr. Drouyn de Lhuys cada día gozaba de menos consideración y esta buena nueva acababa de animarle. En el entretanto, la cuestión de las anexiones estaba á la orden del día en el cuartel general prusiano. El rey, bien por respeto al derecho de las coronas, bien por un resto de timidez, miraba con repugnancia la idea de desposeer por completo á los soberanos del Norte; en cambio, deseaba obtener provechos logrados un poco en cada parte, á costa del Hanóver, del Hesse electoral, de Sajonia, de Baviera, y respecto de los príncipes reinantes, pensaba provocar su abdicación y que les sucedieran sus hijos. «Los hijos no serán mejores que los padres,» replicaba Bis-

marck, el cual hubiera querido realizar el despojo total en dondequiera que la conveniencia de Prusia lo exigiese y mantener, por el contrario, en toda su integridad á los Estados que ningún interés había en suprimir. En 17 de julio, el presidente del consejo telegrafió á su embajador en París: «Lo que más nos importa actualmente es la anexión de los tres ó cuatro millones de habitantes norte-alemanes.» Este programa se compaginaba mal con el lenguaje moderado empleado los días anteriores con el Sr. Benedetti y que éste había transmitido en su despacho de 15 de julio, y esto autoriza á suponer, con bastante verosimilitud, que Bismarck pedía mucho con intención de ver satisfechas algunas de sus exigencias, y así lo prueba el hecho de que en el propio telegrama procuraba más adelante atenuar su atrevimiento, y añadía, como para disminuir sus pretensiones: «Estamos dispuestos á dar á Francia la seguridad de nuestro respeto en cuanto á la Alemania del Sur.»

Pero, aun suavizada de este modo, tal ambición no dejaba de ser sorprendente. El Sr. Drouyn de Lhuys combatió enérgicamente aquel proyecto declarándolo inaceptable; pero Goltz, con la experiencia de las anteriores entrevistas, fuese apresuradamente á Saint-Cloud, en donde se hallaba el emperador, á fin de que el soberano reformara el criterio que acababa de manifestar el ministro. El resultado justificó aquel paso atrevido: en efecto, el soberano consideró como objeto indigno de atención aquellos pequeños Estados perdidos en el Norte de Alemania y calificó aquella cuestión «de cuestión de detalle, de asunto, no de carácter internacional, sino discutible sólo entre alemanes.» Bismarck no se contentó con esta tolerancia, sino que quería una aquiescencia, y en 20 de julio telegrafió nuevamente al Sr. de Goltz, invocando los deseos del rey, más empeñado aún que él mismo, decía, en los engrandecimientos territoriales. De nuevo visitó el embajador á Napoleón, el cual respondió, según se afirma, á las instancias del diplomático prusiano con una adhesión completa, haciendo únicamente algunas salvedades respecto de Sajonia y sin protestar de la anexión de Hanóver ni de la del Hesse electoral. Y, á caza siempre de permutas que dieran mayor simetría á los territorios, aconsejó á Prusia que se apoderara de los distritos septentrionales del Hesse-Darmstadt, si bien indemnizando al gran duque en la orilla izquierda del Rhin. El embajador se retiró asombrado de su propio triunfo, sin atreverse casi á creer en él ni á felicitarse por el éxito alcanzado y pensando únicamente en cuál sería el precio de tan inexplicables consecuencias.

El Sr. Drouyn de Lhuys supo, de labios del mismo Sr. de Goltz, según se asegura, la victoria que Prusia acababa de conseguir, y si grande fué su despecho al saberlo, más grande aún fué su estupor. A los pequeños Estados unidos por el vínculo frágil de la antigua confederación, substituíase una Prusia compacta que se extendía sin interrupción desde los confines de la Polonia hasta las fronteras de la Lorena. Al Norte de Alemania, nada había á su alrededor, porque no se podrían contar como Estados ni Sajonia, conservada, pero reducida á la condición de vasalla, ni con mayor razón una quincena de principados minúsculos que, mirados en el mapa, parecerían imperceptibles islotes. Prusia, consolidada por sus triunfos, fuerte por su poderosa organi-

zación militar, y encarnando la idea nacional, no había de tardar, á pesar de todas las contrarias afirmaciones, en atravesar la débil barrera del Mein, quedando de esta suerte desvanecida la concepción quimérica del *dualismo*. Por la noche, el ministro confió á su jefe de gabinete, Sr. de Chaudordy, lo que acababa de suceder y le expuso todos sus temores que rayaban en terror. El Sr. de Chaudordy ha relatado á menudo aquella entrevista que se celebró en el palacio del ministerio de Negocios extranjeros y que se prolongó hasta muy entrada la noche. Yo mismo escuché aquel relato de sus propios labios en los últimos días de su vida. El señor Drouyn de Lhuys no ocultó ninguno de sus esfuerzos fallidos, ninguna de sus tentativas que en adelante sería imposible repetir, y resumiendo en una frase su impresión de desaliento, exclamó: «Ahora lo único que podemos hacer es llorar.»

VI

Prusia, dueña de amoldar la Alemania del Norte á sus ambiciones y libre de todo temor respecto de la Alemania del Sur que, aislada y sin fuerza, tarde ó temprano, estaría á merced suya, podía mostrarse conciliadora con su principal adversaria. Austria, dentro de la Confederación germánica y pretendiendo inspirarla, era una gran enemiga; pero, relegada á orillas del Danubio, dejaba de ser temible. Es más, la verdadera prudencia aconsejaba no eternizar los odios nacidos de la guerra; pues podía surgir una nueva lucha que se desarrollara en la frontera occidental, y convenía por ende preparar con tiempo la neutralidad de aquellos á quienes se acababa de vencer. Mientras esto pensaba Bismarck, los consejeros de Francisco José se inclinaban por su parte á la resignación, en vista de que ya no contaban con nadie, ni con Francia, esa amiga equívoca, ni con los Estados del Sur, esos aliados tardíos, ni siquiera con sus propias fuerzas: ¡tan grande había sido el desengaño producido por la derrota! Los prusianos, que no habían suspendido su marcha, acercábanse á la capital, de modo que si se libraba una nueva batalla, ya no se combatiría por la victoria, sino por la vida; y ante un peligro tan próximo, ante una penuria de recursos tan grande, las miradas se apartaban de la antigua Confederación germánica para concentrarse en las posesiones hereditarias de la casa imperial: con tal que Austria conservase la integridad de su territorio, y Sajonia, en recompensa de su ayuda en la jornada de Sadowa, subsistiera sana y salva, el gobierno de Viena estaba dispuesto á sacrificar la antigua influencia en Alemania del mismo modo que por el lado de Italia se había hecho el sacrificio de las provincias vénetas.

Estas disposiciones recíprocas eran presagio de paz. El cuartel general del rey Guillermo había sido instalado en Nikolsburgo, en un castillo que, por extraña coincidencia, pertenecía al Sr. de Mensdorff, jefe del gabinete austriaco, y allí fué discutido el programa recomendado por Napoleón que se resumía en dos puntos principales: libertad para Prusia de reorganizar la Alemania del Norte, é integridad del imperio de Austria. El señor Benedetti partió para Viena y á su regreso de esa capital consideró el asunto en bastante buen terreno para estipular una tregua que empezaría el 22 de julio.

Por singular desgracia, aquel mismo día se trabó cerca de Blumenau un combate que no cesó hasta el mediodía y que ocasionó grandes pérdidas; pero, por deplorable que fuera aquel sacrificio inútil, las dos partes beligerantes se consolaron gracias al convencimiento de que aquella sangre sería la última que se derramaría.

En efecto; íbase á firmar el armisticio. Sin embargo, antes de que esto sucediera, manifestóse una vez más la codicia prusiana en un episodio que en sus *Memorias* ha revelado Bismarck. Al rey le había costado gran esfuerzo desenvainar la espada contra el Austria, mas una vez comenzada la campaña, habíase convencido de la razón que le asistía y había sentido la embriaguez de la victoria; y en los días que siguieron á Sadowa había acariciado toda clase de engrandecimientos en Bohemia, en la Silesia austriaca, así como á costa de Sajonia y de los Estados del Sur. La reflexión había moderado gradualmente estas ambiciones; pero éstas volvieron á despertarse cuando, en un consejo celebrado en 23 de julio, el primer ministro prusiano propuso la avenencia con Austria sobre las bases determinadas en París y aceptadas en Viena. Los generales se rebelaron unánimemente contra el exceso de concesiones y sus críticas se vieron robustecidas por el asentimiento del monarca, en vista de lo cual Bismarck, considerándose impotente para dominar á tantos contradictores, se retiró y en un *memorándum* dirigido á su soberano indicó los motivos que militaban en favor de la paz. El Austria, decía, es una pieza necesaria en el tablero europeo, y si nos mostramos implacables con ella la arrojaremos en brazos de Francia; de continuar la guerra, el ejército tendrá que llegar hasta las llanuras de Hungría, en donde quedará diezmado por la longitud de las distancias y por los ardores del clima. En estas condiciones, ¡cuán terrible no sería una intervención de Napoleón! Al día siguiente, volvió el ministro á la residencia del rey y al entrar en la antecámara se cruzó con dos coroneles que le describieron aterrados los estragos cada día mayores del cólera: este argumento fué otro más de los que el ministro adujo, sin que ni aun así quisiera el soberano darse por convencido. Una idea perseguía obstinadamente al monarca prusiano, la de la injusticia que significaría el no exigir al Austria ningún sacrificio territorial: «El principal culpable, decía, no puede salir impune de la guerra.—Pero nosotros, replicaba el presidente del consejo, estamos obligados á hacer obra de políticos, no de justicieros.» Bismarck, que seguramente ha dramatizado la escena para atribuirse todo el mérito de la moderación, refiere que regresó á su alojamiento firmemente resuelto á presentar la dimisión de su cargo; pero en aquel momento entró el príncipe real, que siempre había sido hostil á la política belicosa, y le ofreció interponer su mediación cerca de su padre. Al cabo de media hora estaba el príncipe de regreso: «Trabajo ha costado, dijo, pero al fin mi padre ha consentido.» En el margen del *memorándum* que le entregara Bismarck, había escrito el rey estas palabras: «Puesto que mi hijo se une al presidente del consejo, véome obligado, con gran dolor, á tragar la amarga píldora y á aceptar una paz vergonzosa (1).»

(1) Bismarck, *Pensamientos y recuerdos*, tomo II, págs. 52 y siguientes.

¡Amarga píldora! ¡Paz vergonzosa!, extrañas palabras para el documento que los plenipotenciarios prusianos iban á rubricar. Los preliminares firmados en 26 de julio y conocidos en la historia con el nombre de *preliminares de Nikolsburgo*, consagraban, aparte de Venecia, la integridad de la monarquía austriaca; estipulaban la conservación de los actuales límites de Sajonia, y fijaban como contribución de guerra la cantidad de 40 millones de thalers, cantidad bien modesta y que, á consecuencia de ciertas combinaciones, todavía quedó reducida á la mitad. Tales eran las muestras de la moderación del vencedor. En cambio, ¡cómo se indemnizaba Prusia de estas concesiones! El emperador de Austria aceptaba «la disolución de la antigua Confederación germánica;» «daba su consentimiento á una nueva organización de la cual Austria no formaría parte;» «prometía reconocer la unión más estrecha que el rey de Prusia constituiría al Norte de la línea del Mein;» y admitía que «los Estados alemanes situados al Sur de dicha línea formarían entre sí una unión cuyos vínculos nacionales con el Norte se determinarían de común acuerdo.» Y no era esto todo, sino que el gobierno austriaco, renunciando á todos los frutos de la guerra de 1864, traspasaba á Prusia todos sus derechos sobre el Sleswig y el Holstein, contentándose con estipular (y en esto se veía la influencia francesa) que se consultaría á las poblaciones septentrionales del Sleswiga cerca de su suerte. Finalmente, el gabinete de Viena se guardaba de intervenir en favor de sus aliados del Sur. En cuanto á los aliados del Norte, ¿por ventura no los había sacrificado ya Napoleón? De suerte que, excepción hecha de Sajonia, su inmolación estaba implícitamente autorizada: «El emperador de Austria, decía el artículo 5 de los preliminares, se compromete á reconocer los nuevos arreglos que Prusia lleve á cabo en el Norte de Alemania, incluso los territoriales.»

Los desgraciados príncipes de la antigua Confederación habían presentado su abandono. No habían cesado aún las hostilidades en las orillas del Mein, y la infeliz Francfort sucumbía ya á los requerimientos prusianos. Los delegados de los Estados medios acudieron apresurosos al campamento de los vencedores, adonde fueron á suplicar: «Duro fué para nosotros, ha dicho uno de ellos, el viaje de Nikolsburgo.» El primero que allí se presentó fué el Sr. de Pfordten, representante de Baviera, á quien Bismarck recibió muy mal, ora porque realmente estuviese irritado, ora porque considerara político manifestar cierta indignación á fin de que luego se apreciase en más su clemencia: «¿Sabéis, le dijo, que podría mandaros arrestar como prisionero de guerra?» Comparecieron después los diputados de Wurtemberg, quienes en cualquier otra ocasión se hubieran tranquilizado con la protección del zar, hermano de su reina; pero ya la influencia de Rusia iba palideciendo á medida que crecía la de Prusia. Los menos asustados fueron los enviados de Baden: su país había entrado en la coalición más por fuerza que por simpatías hacia el Austria, y además el gran duque, que era yerno del rey Guillermo, ocupaba entre los enemigos de Prusia una situación privilegiada. Bismarck hizo extensivo el armisticio á todos estos Estados; en cuanto á los acuerdos definitivos, resolvió tratar con cada uno de ellos separadamente, á cual efecto citó á sus delegados en

Berlín, como pudiera hacerlo un señor que convocara á su vasallo reservándose castigarle ó amnistiarle según las circunstancias. Otros fueron también á Nikolsburgo, más humildes, más abatidos bajo el peso de la derrota, los representantes de los Estados del Norte; pero éstos habían descendido muy por debajo del nivel en que se firman los tratados. El rey de Hannover envió un ayudante al cuartel general, y Guillermo, siguiendo el consejo de su primer ministro, se negó á recibirle: el rey Jorge figuraba en primera línea entre aquellos príncipes que á la desgracia de ser débiles y á la de ser vencidos unían una desgracia mayor, la de tener sus dominios enclavados entre los dos fragmentos del Estado prusiano; y Bismarck había obtenido así de Napoleón como de la misma Austria la carta blanca que había de permitirle la anexión.

Mientras se restablecía la paz en Alemania, pero en una Alemania nueva que nada conservaba de la antigua, Italia se obstinaba en ocupar por conquista la Venecia, ya que le había sido asegurada por cesión, y la ocupación se extendía sin peligro, pues los austriacos se habían concentrado en las plazas fuertes del Cuadrilátero y el resto de la región quedaba abierta por todos lados. «Opino que á Italia le es imposible rechazar el armisticio,» escribía desde París el Sr. Nigra en 20 de julio; é igual recomendación formulaba, con la doble autoridad de su categoría y de su amistad no sospechosa, el príncipe Napoleón, recientemente enviado al cuartel general del rey Víctor Manuel. Pero estos consejos no eran atendidos, sea por temor de herir el amor propio nacional, que era muy susceptible, sea con la esperanza de un triunfo final que reparara los reverses de la campaña.

Pero lo que sucedió no fué un desquite, sino una nueva derrota. El 20 de julio, la escuadra del almirante Persano fué vencida en Lissa por el almirante Teghehoff; y esa jornada fué, según frase que hizo fortuna en la península y corrió por Europa, la *Custozza di mare*. Decididamente Italia, en materia de victorias, había de asirse á las de los demás. El momento era favorable para reiterar los consejos de prudencia, y por esto Napoleón mandó llamar en 22 de julio al caballero Nigra y le comunicó que acababa de firmarse la tregua entre Prusia y Austria, pero que Barral se había negado á asociarse á este acto alegando falta de instrucciones. «Es preciso que el rey, siguió diciendo el emperador, telegrafe á Barral autorizándole para que firme;» y nuevamente explicó el soberano, con notable paciencia, lo que podía hacer en favor del gobierno de Florencia y lo que se veía obligado á rehusar. Declaró que entregando Venecia á los comisionados de Víctor Manuel, hacía, en su concepto, una donación gratuita y que no exigiría á cambio de ello ningún nuevo compromiso acerca de la cuestión romana; y añadió que para dar satisfacción al sentimiento nacional, la cesión sería ratificada por un plebiscito del pueblo véneto. Pero después de haber demostrado de esta suerte su buena voluntad, puso gran empeño en desaprobear cualesquiera otras exigencias y, sobre todo, en desahuciar toda reivindicación del Tirol italiano (1).

(1) Véase *Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo VIII, página 83.